

En el día del Seminario

LOS ADMIRO PROFUNDAMENTE

Siento una profunda admiración por ellos. Por cada uno de ellos. Un día se sintieron arrastrados por Alguien que les llamaba a ser sus colaboradores y amigos. Para algunos aconteció en su infancia; otros se sintieron atraídos cuando eran jóvenes y los hay también que dejaron una carrera, una novia y un futuro prometedor para vivir esta aventura. Pusieron su vida en manos de un Dios al que nadie vio jamás. Apostaron su vida entera por un Dios invisible y trascendente movidos sólo por la fe. Como Abraham, salieron sin saber a dónde iban, obedeciendo la llamada de un Dios que siempre es sorprendente y misterioso (cf. Heb 11, 8).

Desde ese momento, toda su vida se transformó, porque cuando uno se pone de verdad al servicio de Dios, queda desposeído de sí mismo. En adelante, cada uno de sus días y horas tendrá que dedicarse al servicio del Dios Altísimo y de cada una de sus criaturas. Tendrán el gozo de proclamar la mejor de las noticias, de celebrar misterios verdaderamente santos y de reconocer su Rostro santo en los hermanos más necesitados. Pero también les acompañarán muchas incomprendiones, muchas horas de soledad, muchas dudas e incertidumbres.

Nuestra sociedad los necesita. Una sociedad como la nuestra, acostumbrada a vivir de las sensaciones y a no profundizar en nada, necesita testigos de un mundo nuevo, que le ayuden a superar la trivialidad y a mirar al fondo de las cosas. Un mundo en el que la técnica parece adueñarse de todo, necesita con urgencia personas como ellos, que pongan semillas de esperanza en el corazón de los hombres y ayuden a que el mundo sea un poco más humano. En el ambiente que nos rodea, donde todo se compra y se vende, hacen falta hombres que nos recuerden lo que significa entregarse sin esperar nada a cambio.

Siento también una gratitud inmensa por cada uno de los jóvenes que han tenido el coraje de decidir seguir este camino. Como ocurrió con Juan, Andrés o Pedro, ellos también se tropezaron un día con el Maestro de Galilea y quedaron seducidos por su personas y por su voz, que les invitaba a seguirle. No dudaron en dejar a sus amigos y a su familia, para marchar al Seminario y aprender el camino del discipulado. Un día, por la oración de la Iglesia, descenderá sobre ellos el Espíritu de Dios, que les dará fuerza para prolongar a Cristo, seguir pregonando entre nosotros su Buena Noticia y actuar en su nombre para las gentes de Menorca.

Cuando se acerca el día del Seminario quiero darles las gracias públicamente por el testimonio de su fe valiente y de su vida entregada. Pocas veces el sacerdote recibe el reconocimiento por su entrega, ni actúa tampoco para lograrla. Por eso me brota del corazón hacerlo hoy: gracias por vuestro trabajo de cada día, silencioso, eficaz, alegre, generoso. Vale la pena entregar la vida por este Pueblo. Jesús la dio sin medida.

+ Francesc Conesa Ferrer

Bisbe de Menorca